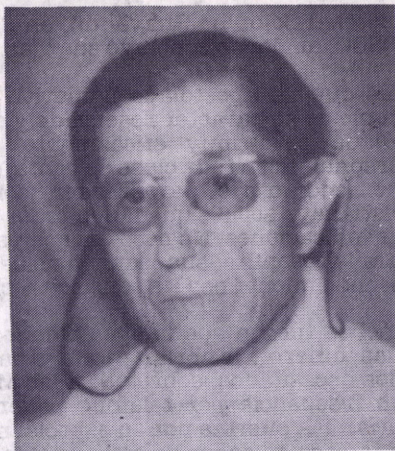


Queridos hermanos:

El 16 de Marzo del presente año ha pasado a mejor vida el Padre VICENTE PERIS MUÑOZ y nos ha dejado improvístamente para dirigirse a la plena resurrección en la vida eterna.



P. VICENTE PERIS MUÑOZ

Luego de 25 años de permanencia en ésta comunidad de San Juan Bosco de Guayaquil, se fue de la forma más callada. Toda su vida estuvo marcada por su escasa salud física y sometido a muy frecuentes chequeos médicos. A pesar de todo, ha llegado casi a los 86 años de edad.

Nació el 15 de Septiembre de 1907 en la población española de Bonrepós, cercana a la ciudad de Valencia.

Luego de sus estudios primarios en su pueblo, entró en el Aspirantado Salesiano de Campello. Concluidos sus estudios pasó al noviciado de Sarriá, Barcelona, en donde hizo su primera profesión el 19 de Julio de 1925. Cumplidos sus estudios teológicos en Carabanchel, fue ordenado sacerdote el 15 de Junio de 1935.

Tuvo que sufrir graves persecuciones y peligros en la Guerra Civil de España del 36 al 39. Encerrado en un barco-prisión por los comunistas en la isla de Menorca, sólo la Providencia lo libró de una segura muerte. Nos lo contó repetidas veces y cuantos supimos de esas azarosas circunstancias, quedamos del todo impresionados.

El Padre VICENTE PERIS pertenecía a una familia profundamente cristiana, tanto que uno de sus hermanos murió joven siendo novicio salesiano en Barcelona. Otro, P. FILIBERTO, murió de sacerdote en Cuenca de España, a edad avanzada. En la Inspectoría de Valencia, España, tiene un sobrino Sacerdote Salesiano con el mismo nombre de Vicente Peris.

En 1961 vino al Ecuador, ofreciéndose al entonces Obispo de Méndez, Monseñor JOSE PINTADO, al que le unía gran amistad personal.

Luego de haber prestado sus servicios sacerdotales en nuestro Vicariato de Méndez, la obediencia lo destinó a esta ciudad, Perla del Pacífico, en donde ha desarrollado su vida apostólica por algunos años en el Colegio

Cristóbal Colón de Guayaquil, en Balzar, y luego en esta Casa SAN JUAN BOSCO, en donde concluyó sus días.

Más que un apostolado llamativo y de apariencias, él, lo que era muy propio de su carácter reservado y de pocas palabras, supo llevarlo a cabo callada pero muy eficazmente, con sus exhortaciones y contactos personales con toda clase de gente, con los humildes y con los intelectuales que acudían a él para recibir consejos y normas prácticas de la vida cristiana y social, quedando todos serenos y felices, dispuestos a seguir sus indicaciones. No pocos se acercaron con ocasión de su muerte y sepelio para presentar sus condolencias a la Comunidad, manifestando su reconocimiento por los consejos recibidos.

Muchos fueron sus amigos bienhechores que le hacían regalos de ropa, telas, dinero y le abrían caminos para que lograra sus objetivos de ayudar a los necesitados, sobretodo a las Misiones de Nuestro Vicariato. Llamaba con frecuencia por teléfono pidiendo favores, ayuda para otros. Se le abrían las puertas por su especial manera de hacer, suave, delicada y por su interés en saber de cada uno de sus conocidos. La afluencia masiva a su funeral, no obstante la escasez de tiempo para comunicar su muerte, ha sido una muestra clara de cuanto afirmamos.

Su cruz que arrastró desde joven, como hemos dicho, fue su debilidad orgánica y sus llamativas apariencias. Cosa que aumentaba su blanca sotana que nunca dejó de llevar. Era como una auténtica estatua de cera blanca, como decían algunos. Estas típicas condiciones le obligaban a cuidar continuamente su salud.

Con todo, se hizo siempre querer y admirar por su bondad natural, su sincera entrega al bien, su ferviente apostolado y su piedad profunda. Fue un salesiano bueno, fidelísimo servidor de la Congregación y de la Iglesia a que defendió en todo momento. No sucumbió nunca a las novelorías de ciertas corrientes, sino que se mantuvo enhiesto en su notoria dosis doctrinal.

Fué lógico que sufriera incompresiones, pero no se asusto por estos avatares de la vida.

En los 35 años de residencia en Ecuador renunció generosamente poder regresar a su Patria, privándose de visitar a sus familiares. Pero no olvidó nunca su Tierra Natal. Se comunicaba con frecuencia con los salesianos, además de sus parientes, y estaba en continuo contacto siguiendo los acontecimientos de la Obra Salesiana, recibiendo continuamente revistas, publicaciones de la Congregación y de la Iglesia.

El clima tropical de la Costa Ecuatoriana, no le sentaba muy bien. Por eso pidió al P. Inspector y al Director de la Casa que le permitieran ir a descansar y reponerse en Cuenca, ciudad situada en los Andes a 2.500 metros de altura. Los Salesianos de esa ciudad estaban dispuestos a recibirle y atenderle con especial cariño. Arreglaron habitación especial para él y para la enfermera que desde tiempo le atendía. Todo estaba listo. En vísperas de su viaje, Dios cambió el itinerario para una mejor meta. Una insuficiencia cardio respiratoria le hizo caer en brazos de la enfermera que le había atendido con tanto esmero, y serenamente entregó su alma a Dios a las 6:30 de la mañana. Se le pudo administrar el Sacramento de los enfermos. Se llamaron médicos, pero no quedó otra cosa que certificar su defunción.

El Padre VICENTE PERIS vino al Ecuador silencioso, pálido, débil... Así lo vieron los Salesianos de nuestra Inspectoría, que lo recibieron con cariño y le ayudaron en todo lo que estaba al alcance de ellos. Luego de tres décadas y medio de permanencia en nuestro Ecuador y en nuestra Inspectoría se nos ha ido al cielo serenamente, como el fue toda su vida.

Esta Obra, San Juan Bosco, con su parroquia, centros escolares, y varias actividades sociales, fue levantada por el esfuerzo de ese gran salesiano que ha sido el Padre CAYETANO TARRUELL, que murió en 1979. Esa primera Comunidad Salesiana plantó un sello imborrable en esta zona, en ese entonces Estero Salado. El P. Vicente fué uno de esos esforzados salesianos que trabajaron con el fundador P. Tarruell. A Dios gracias, la Obra sigue bajo el esfuerzo y dedicación de tantos salesianos.

Confiamos que nuestro inolvidable P. Vicente ya esté gozando de la gloria de Dios. No conocemos sus designios y por lo tanto es nuestro deber pedir a Dios por el eterno descanso de su alma para que alcance lo más pronto la gloria eterna.

Rueguen también, mis queridos Hermanos Salesianos y Amigos que nuestra Obra San Juan Bosco de Guayaquil, para que los Salesianos y las Cooperadoras Salesianas que llevan estas actividades, prosigan en su gran labor en beneficio de tantísimas almas que se benefician en su Templo y en las varias Obras Sociales que tienen entre manos.

Que el Padre Vicente nos consiga de la bondad de Dios, las gracias que más necesitamos para trabajar en la mayor gloria de Dios y de la salvación de tantas almas confiadas a nuestro cuidado. Que nos consiga, de un modo particular, buenas y sólidas vocaciones para nuestra Inspectoría.

Un fraternal saludo, deseándoles todo bien.

Guayaquil, 1o. de Abril de 1993.

P. Aurelio M. Pischedda Bella
Director

